

Bhaskar Sunkara

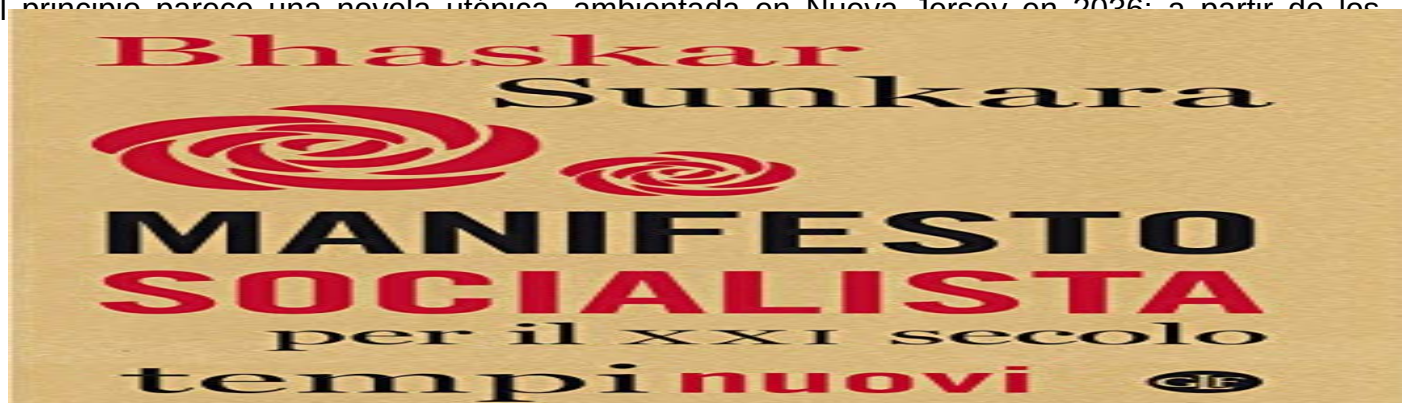
Manifiesto socialista per il XXI secolo

Laterza Bari 290

El sastre de Ulm vive en Brooklyn

Guido Liguori

Al principio parece una novela utópica, ambientada en Nueva Jersey en 2026: a partir de los



acontecimientos de un joven trabajador. El autor nos habla sobre la fealdad de la sociedad capitalista y cómo será la futura sociedad socialista, fundada en la cooperación en lugar de la competencia, en la autogestión, sobre la abolición del dinero, sobre el apoyo del Estado, sobre el desarrollo de la tecnología, sobre un igualitarismo no absoluto, pero con un abanico salarial reducido.

El relato muestra el socialismo del futuro basado en la democracia política, las decisiones tomadas desde abajo, el lado racional y ético de las personas, la mejora efectiva que el socialismo traerá en la vida diaria, en la liberación del trabajo y de las personas respecto al trabajo. Un mundo fundado en una especie de «comunismo democrático», dado que el autor también está a favor de la abolición de la propiedad privada de los medios de producción y de la supresión del trabajo asalariado.

Sin embargo, esta no es una novela, sino el prólogo del ensayo del *Manifiesto socialista para el siglo XXI* de Bhaskar Sunkara (Laterza, 290 pp., 18 euros). El autor, hijo de inmigrantes indios, vive en Brooklyn y ha ganado fama internacional gracias al éxito de la revista *Jacobin* (*Jacobin Italy* también se ha publicado durante un año), concebida y fundada en 2011, cuando era un estudiante universitario muy joven. El prólogo no indica la predilección del autor por el socialismo utópico; más bien, quiere resaltar la importancia de saber comunicarse escapando de la tradición académica para dirigirse a un público joven y recientemente politizado. Por otra parte, sirve para transmitir un mensaje importante: otro mundo es posible, es decir, puede haber una alternativa al capitalismo, y en el que viviríamos mejor que en éste.

El libro continúa por otra vía: una «historia del socialismo desde Marx hasta nuestros días», que también tiene un tono popular, típicamente anglosajón, aunque con un aparato consistente de notas. Tras examinar las principales ideas-fuerza de Marx, Sunkara se detiene en los eventos y protagonistas del socialismo marxista, desde Lassalle, Bernstein y Kautsky hasta Rosa

Luxemburgo.

Luego pasa a hablar de los socialistas rusos, la Revolución de Octubre, los primeros gobiernos bolcheviques, el estalinismo. Sus juicios no son maniqueos, aunque a veces cuestionables. En general, lo positivo es la evaluación del trabajo de Lenin, para comprender las dificultades objetivas en las que operaba. El juicio sobre Stalin es mucho más negativo, pero también lo es cuando habla de Trotsky, descrito como no muy diferente (al menos desde un punto de vista ético-político) del de su rival histórico. El autor reconoce el gran progreso realizado por la Unión Soviética en las primeras décadas de su historia, pero considera «imperdonable» que «un modelo construido con errores y excesos, forjado en las peores condiciones, se convierta en sinónimo de la idea socialista».

El maoísmo tampoco convence a Sunkara. La reconstrucción del comunismo chino de la década de 1920 muestra sus luces y sombras: junto con el gran éxito en términos de progreso material, los muchos errores y, sobre todo, la prevalencia de un gobierno no democrático de la sociedad y el estado. Entonces, al final de la larga discusión, el desconsolado Sunkara concluye: «El socialismo nació como una ideología de democracia radical, de auto emancipación de los trabajadores, no como un instrumento de desarrollo gobernado por el estado». Quizás un «desarrollo desde arriba» puede ser un hecho históricamente progresivo, pero sigue siendo una «fórmula autoritaria».

Sunkara tampoco se hace ilusiones sobre el socialismo reformista. Después de algunas páginas sobre el primer gobierno laborista y sobre el gobierno de Blum, se demora mucho tiempo en el «caso sueco». Mientras elogia sus éxitos, el libro enfatiza que, eventualmente, en una fase recesiva, las contradicciones del capitalismo retoman el impulso reabsorbiendo los logros de los trabajadores. Tampoco las vías más tradicionales (nacionalizaciones, apoyo público al empleo) conducen a nada: debido a la fuga de capitales Mitterrand se vio obligado a una rápida retirada en comparación con las intenciones combativas del inicio. La «retirada socialdemócrata» fue codificada más tarde por líderes como Blair o Clinton.

Sunkara extrae una lección de esto: la acción de la socialdemocracia siempre encuentra límites estructurales, por lo que la única solución para el autor es salir del capitalismo. Se debe evitar el riesgo de convertirse en «accionistas minoritarios». Aunque no todos los socialdemócratas son iguales (hay una socialdemocracia que reactiva el conflicto, como en los casos de Sanders y Corbyn, en lugar de sofocarlo con la concertación), sus logros están destinados a ser reabsorbidos por la misma tendencia del ciclo capitalista y por sus crisis periódicas.

Un largo capítulo está dedicado a la historia del socialismo en los Estados Unidos. «¿Por qué no hay socialismo en los Estados Unidos?», preguntó Sombart en 1906. A esta pregunta Sunkara responde volviendo sobre la rica historia del movimiento socialista, sindical y político de los Estados Unidos desde las primeras décadas del siglo XIX: huelgas y luchas políticas, los Caballeros del Trabajo y los IWW, Daniel De Leon y Eugene Debs (quien postulándose por el Partido Socialista, obtuvo casi un millón de votos).

Un movimiento «multilingüe, geográficamente disperso e ideológicamente dividido», severamente reprimido, que nunca supo cómo darse una verdadera organización centralizada. Y los comunistas, activos desde 1919, no pudieron hacerlo mejor, demasiado subordinados a las directivas de Moscú y poco críticos con la URSS. La Nueva Izquierda tampoco sabrá cómo crear

experiencias políticas duraderas e incisivas más adelante.

Sin embargo, después de décadas de derrotas y olvidos de la misma palabra «socialista», según Sunkara, el aire ha cambiado: «La pregunta hoy es si podemos hacer que la corriente principal sea la izquierda» y «construir un proyecto político independiente para la clase trabajadora que sea algo más que una oposición leal al liberalismo». Para hacer esto, dice Sunkara, necesitamos pasar de la socialdemocracia al «socialismo democrático», transformando verdaderamente la sociedad a través de «reformas no reformistas».

Para lograr esto, paso a paso, no solo se debe evitar caer en la «irrelevancia sectaria», sino también trabajar en los sindicatos, entre las masas, explotar los éxitos de Sanders y el pequeño pero fuerte grupo *Democratic Socialist of America*, pedir una ley electoral proporcional. Llegar a un nuevo partido socialista visible y creíble. Si bien no faltan pistas sobre la importancia de las luchas antirracistas, antisexualista y ambiental, el autor sigue colocando en el centro una política basada en la lucha de clases.

En este discurso, fuertemente optimista (quizás demasiado) y voluntarista, parece faltar una consideración del movimiento italiano, sobre todo a partir de Gramsci. Pero las últimas páginas reservan una sorpresa: el final es confiado a las palabras de Lucio Magri y de Pietro Ingrao que evocan el famoso cuento «El sastre de Ulm» de Bertolt Brecht. y Con ello Sunkara afirma que de nuevo y siempre, a pesar de todo, aún debemos intentar volar, partiendo de Brooklyn.

[Traducido del italiano por Joan Tafalla, Sabadell, 29 de diciembre de 2019: <http://lallibertatdelsantics>]

[Enlace al artículo en italiano: [Il sarto di Ulm abita a Brooklyn](#), *Il Manifesto*, 28 de diciembre de 2019]

26 2 2020